



ESA
MINORÍA
INMENSA

ESA MINORÍA INMENSA

MAYO 2025 - FEBRERO 2026

IRÚN - MÉRIDA - LISBOA

ORGANIZAN



COLABORAN



ESA MINORÍA INMENSA

Más allá de los emperadores, las batallas y los monumentos que aún hoy nos fascinan, la historia de Roma tiene otra cara: la de la mayoría anónima que sostuvo con su trabajo, sus creencias y sus esperanzas el día a día del Imperio. Comerciantes, artesanos, soldados, esclavos y libertos, mujeres, niños, gladiadores, prostitutas o extranjeros conformaban esa mayoría silenciosa sin la cual Roma no habría existido. Una minoría en los relatos, pero inmensa en número e importancia.

La exposición *Esa minoría inmensa*, impulsada por el Consorcio de la Ciudad Monumental de Mérida y el Festival Internacional de Teatro Clásico, propone mirar el Imperio desde abajo. A través de piezas arqueológicas halladas en Mérida (inscripciones funerarias que devuelven el nombre a quienes no lo tuvieron, lucernas que iluminaron noches de trabajo o de placer, esculturas que muestran las distintas edades del hombre o placas de plomo vinculadas al comercio textil...) se teje una narración que nos acerca a una *Augusta Emerita* silenciosa y cotidiana. Una ciudad hecha de vidas frágiles, de historias pequeñas, de esperanzas y de luchas invisibles.

Esa minoría inmensa también nos invita a pensar en las profundas desigualdades estructurales de aquella sociedad. La rígida pirámide social romana, casi imposible de escalar, situaba en la cúspide a una minoría privilegiada, los *honestiores*, que concentraban la riqueza, el prestigio y el poder político. Abajo se encontraban la gran mayoría: los *humiiores*, ciudadanos libres sin privilegios, detrás los libertos, los extranjeros sin ciudadanía... Y, en el fondo, los esclavos considerados propiedad de otros y privados de todo derecho. Las mujeres, además, estaban condenadas a la dependencia absoluta del varón, subordinadas legal y socialmente al padre, al esposo o al tutor, sin posibilidad real de decidir sobre su propia vida.

Junto a estas desigualdades de clase o género, existía también la marca de la *infamia*, que pesaba sobre gladiadores, prostitutas, proxenetas ... Todos ellos estaban legalmente estigmatizados, privados de ciertos derechos y situados en los márgenes más oscuros de la comunidad. Sin embargo, eran imprescindibles en la vida cultural y social del Imperio, y su presencia recuerda hasta qué punto Roma se sostenía sobre colectivos invisibilizados y despreciados.

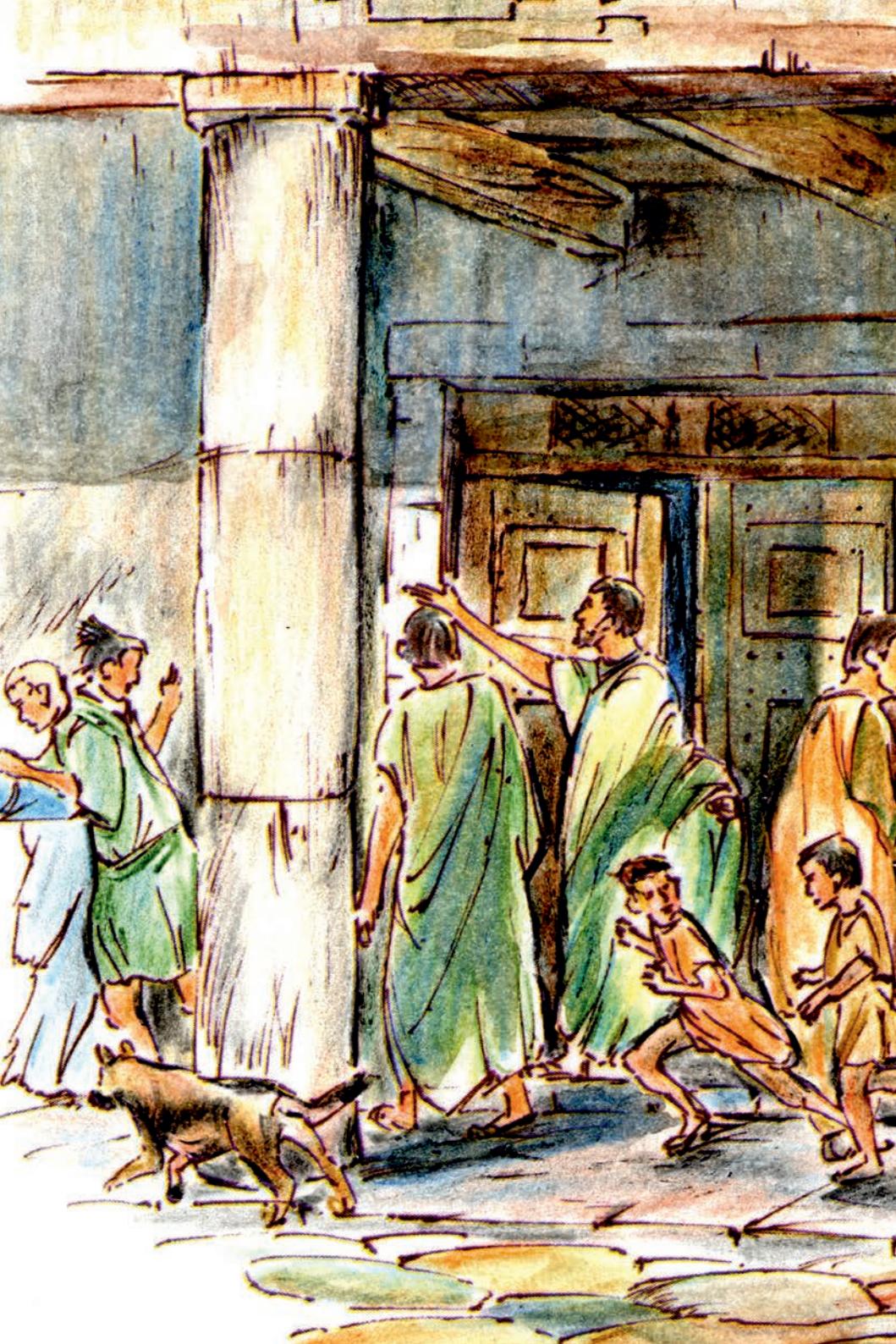
Otro documento elocuente de esa vida cotidiana lo ofrece el *Edicto de Precios* promulgado por el emperador Diocleciano a comienzos del siglo IV. En él se fijaban los valores máximos de productos y salarios en un intento de frenar la inflación que sacudía al Imperio. Gracias a ese documento conocemos cuánto costaba un modio de trigo, una libra de pan, un par de zapatos o incluso el trabajo de quienes ejercían oficios manuales considerados humildes. Tras esas frías cifras late la realidad material de miles de personas que trataban de sobrevivir en un mundo de enormes contrastes sociales.

Mirar Roma desde abajo es mirarnos también a nosotros mismos. Preguntarnos qué significa no tener voz, qué implica que tu destino esté escrito desde que naces. Esta exposición además de ser un recorrido arqueológico, es un diálogo entre pasado y presente, entre los olvidados de ayer y las preguntas de hoy.

Esa minoría inmensa empuja, en definitiva, a repensar Roma desde sus márgenes, a escuchar las voces de quienes fueron silenciados y a reconocer en ellos el verdadero sostén del Imperio.

Porque sin ellos, el Imperio no habría existido.

Porque esa minoría, en realidad, fue inmensa.



AVGVSTA EMERITA

Escucha el latido de la sociedad romana: la gente corriente. Eran hombres y mujeres libres que, sin pertenecer a la élite, sostenían la grandeza de Roma con su ingenio y su esfuerzo. Imagina caminar por las bulliciosas calles de la antigua *Augsta Emerita*. A tu alrededor, el sonido de los martillos de los artesanos, el regateo de los mercaderes, el murmullo de los niños atentos a su maestro...

Representaban, aproximadamente, más de un cuarto de la población y conformaban uno de los motores económicos del Imperio. Eran los mercaderes que cruzaban el Mediterráneo con sus barcos cargados de mercancías exóticas, los médicos que atendían a ciudadanos de toda condición, los arquitectos que diseñaban templos y acueductos, los soldados que, tras años de servicio, podían alcanzar una vida acomodada.

¿Cómo era su día a día?, ¿cómo el tuyo?
¿Cómo lograban prosperar sin los privilegios de la aristocracia?
¿Qué sueños y miedos les impulsaban?, ¿iguales a los tuyos?
Observar sus vidas es entender que Roma, además de escenario de emperadores, fue también el de las personas que con su trabajo mantenían esa civilización.

Párate un momento y reflexiona: si hubieras vivido en *Augsta Emerita*, ¿cuál habría sido tu lugar?



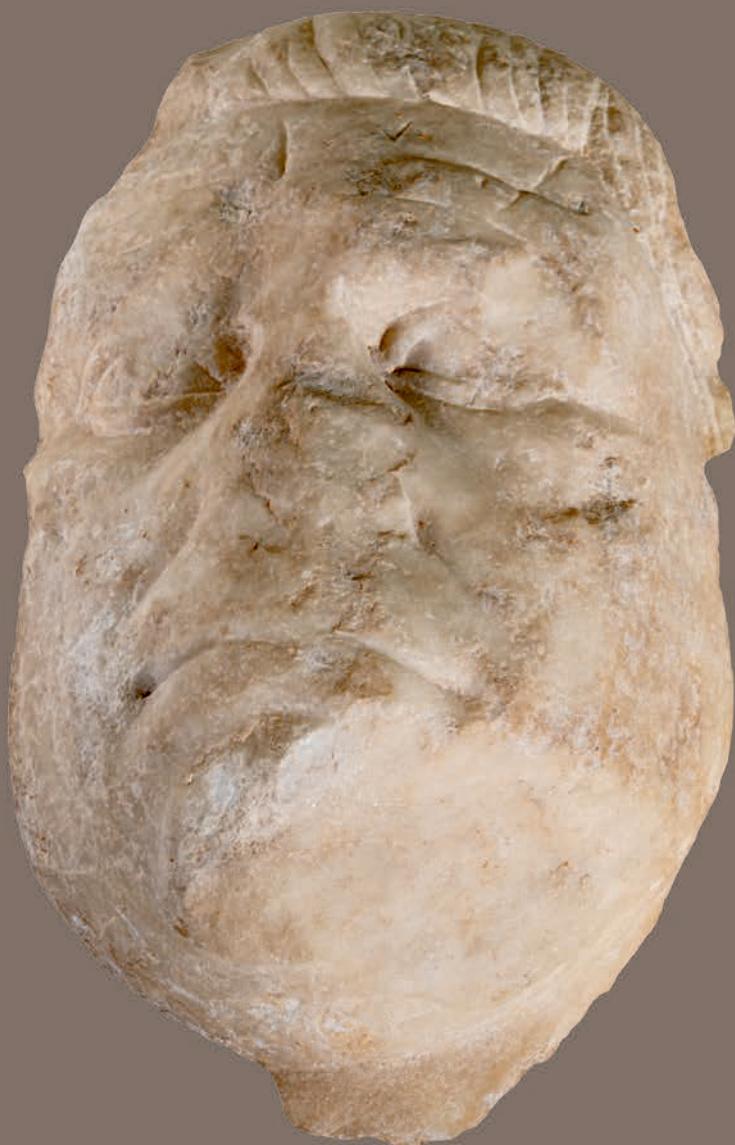
Retrato de hombre adulto

Desde el humilde campesino hasta el poderoso senador, el hombre era la base sobre la que se construía la sociedad.

Este anciano, de rostro severo y surcado por arrugas profundas, encarna los ideales de la Roma republicana que aún resonaban en el siglo I: sobriedad, disciplina, y la sabiduría que otorga la experiencia.

Valores apreciados en la figura del *pater familias*, dueño del hogar y garante de la tradición.

Este retrato muestra la verdad del tiempo vivido: la vejez como símbolo de autoridad y de respeto dentro de la comunidad.





Retrato de joven

En un imperio de desigualdades marcadas,
la historia la escribían y firmaban los hombres.
La mujer estaba relegada a un papel secundario,
siempre bajo la autoridad masculina: primero de su padre, luego de su esposo.

Observa a este joven del siglo IV.

El mármol ya no busca reflejar la vida tal cual es, sino acercarse a un ideal.
Su rostro, casi abstracto, refleja una época en transformación,
donde el retrato deja de ser sólo un recuerdo para convertirse en símbolo.
En él ya asoman los nuevos tiempos: otras ideas, otras creencias...



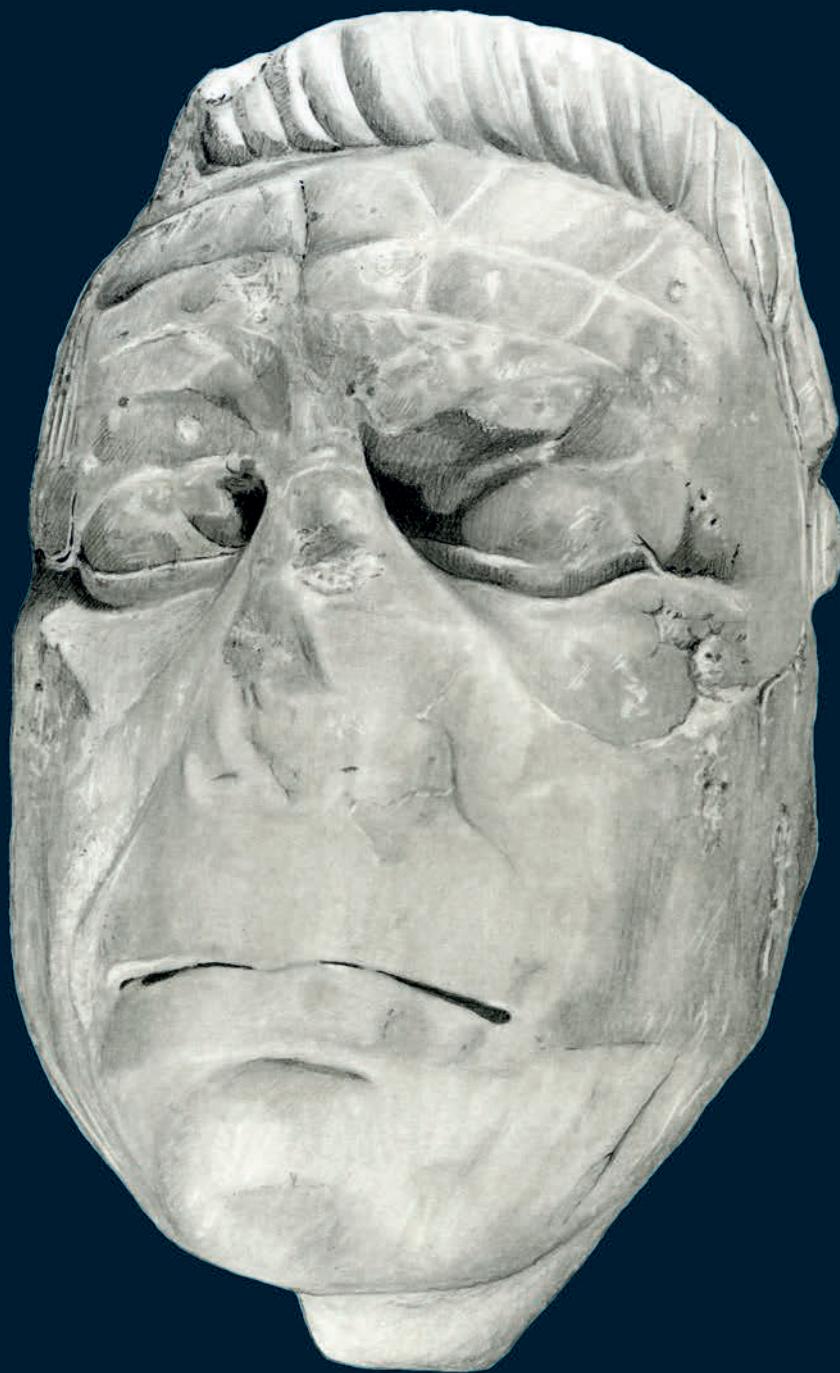


Retrato de niño

En Roma, vivir no era un derecho, sino una concesión del *pater familias*.
Un varón representaba la continuidad del apellido,
la posibilidad de gloria en la política, la guerra o el comercio.
Más que la sangre, importaba la perpetuación del linaje,
el peso de la tradición, la fortaleza del nombre.

Este niño, con rasgos aún suaves y redondeados, permanece anónimo,
pero sabemos que en él se proyectó el futuro de su familia, en el siglo III.
Tal vez fue amado, quizá esperado, lo cierto es que partió demasiado pronto.





HUMILIORES

La pirámide invisible del Imperio romano

En las calles del Imperio romano convivían una gran variedad de personas, pero no todas tenían las mismas oportunidades ni los mismos derechos. Roma era una civilización brillante, pero cimentada sobre la desigualdad.

La sociedad romana tenía forma de pirámide: alta, rígida, difícil de escalar. El vértice estaba reservado para unos pocos: los *honestiores*, los más honorables, concentraban la mayoría de la riqueza. Dueños del poder, del prestigio y de las leyes. Eran la nobleza, la élite, una isla de dominio en medio de un mar de injusticia.

Abajo, mucho más abajo, se extendía el vasto grupo de los *humiliores*. Libres, pero sin privilegios. Personas comunes. Como tú. Como yo. También estaban los *liberti*, antiguos esclavos, y los *peregrini*, extranjeros libres, pero no ciudadanos romanos.

Y en el fondo, estaban los esclavos sin voz ni derechos. Pertenecían a otro, como un mueble o un animal de carga. Se compraban, se vendían, se castigaban... Y pese a ello, vivían, sufrían y soñaban como cualquiera.

¿Cómo te sentirías si, por nacer en una familia o lugar determinado, no pudieras opinar, ni decidir ni siquiera ser dueño de tu propia vida?

LEGX

Un legionario llamado Quinto

*... Quinto Sulpicio...su hermano (o compañero)
de la Legión Décima Gémina le hizo este monumento*

El joven Quinto entra en la vida militar con el cuerpo fuerte,
la mirada firme y el futuro abierto.
No tiene tierras, ni herencia ni riqueza. Busca algo más.
El ejército le ofrece comida caliente, cama asegurada, paga regular.
Le espera la disciplina, la marcha, el combate...
También, la risa de los compañeros junto al fuego,
la mujer que lo aguarda en la ciudad fronteriza,
el hijo que nace sin nombre legal pero con orgullo.

Lucha donde se le ordena, bajo un cielo ajeno.
Cambia el hogar por la tienda de campaña, la libertad por la lealtad,
la palabra propia por el mando del superior.
Aprende a leer, a escribir, a sobrevivir.
A veces conquista. A veces se enamora.
Siempre pertenece a algo más grande que él.
Tras veinte años de servicio, cuelga la espada y recibe la recompensa...
Un terreno. Una pensión. Un lugar donde contar sus historias.

En Hispania, junto al río Ana, nació Augusta Emerita.
La fundan hombres como él, veteranos de las legiones V y X,
con la piel curtida y la experiencia en la sangre.
Ya sin espada, construyen calles, levantan casas,
dan forma a una nueva Roma.

EPIC
FRATER LICK
FFCII



Abecedario

Esta placa de mármol, una simple secuencia de letras talladas,
era más que una lista de signos en la antigua Roma:
era la llave para entrar en la vida pública, en el comercio, en la cultura...

Imagina a un niño trazando estas formas por primera vez.
Imagina a una joven mujer aprendiendo a escribir para gestionar su hogar.
O a un comerciante, un esclavo, un soldado...
Todos ellos encontrando en la escritura
una forma de avanzar, de comprender, de pertenecer.

En una sociedad marcada por jerarquías y límites,
aprender a escribir ofrecía la posibilidad, real o imaginada,
de escalar en la sociedad, de sentirse parte de algo más grande.
Era una promesa de inclusión en un mundo profundamente desigual.
Estudiar el abecedario era dar el primer paso para convertirse en ciudadano.
Porque ser parte de aquel orden, además de una cuestión de nacimiento,
era también un tema de palabras, de leyes, de ideales escritos...

A BODEGAS
ALICANTE
P. G. R. S. / A.

Placas de los fardos de tela

Mira estas pequeñas placas de plomo.

Puede que parezcan insignificantes, pero encierran historias.

Iban atadas a fardos de tela.

Eran etiquetas, marcas de identidad, quizás garantías de calidad.

Pertenecían a tintoreros que trabajaron en *Augusta Emerita* hace dos mil años.

En una ciudad bulliciosa como ésta, el teñir las túnicas era un oficio.

Hombres, esclavos o libertos hilaban lana en talleres y calles.

Tejían lino, cuidando cada hebra con una habilidad que hoy apenas imaginamos.

Después, otros hombres, los *fulones*, limpiaban y suavizaban las telas usando métodos que nos resultan sorprendentes:

lavaban la lana con orina fermentada para blanquearla.

Era un trabajo duro, especializado, invisible pero esencial.

Augusta Emerita fue una ciudad construida, adornada y abastecida

por artesanos y comerciantes: herreros, alfareros, canteros, zapateros, mercaderes...

Gente que vivía de lo que sabía hacer con las manos.

De lo que intercambiaba. De lo que creaba.

Estas placas son testigos de ese mundo.

¿En qué dejarías tu nombre si el tiempo solo pudiera conservar una placa?

MACRI
PRODINQ

MACRI
PRODINQ

• RUFALIE
MUR

• RUFALIE
MUR

TVRN
LVCN

TVRN
LVCN

CAESIN
LV(N)

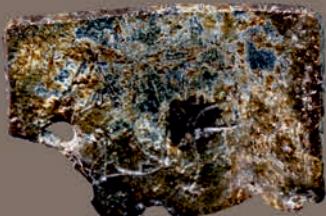
CAESIN
LV(N)



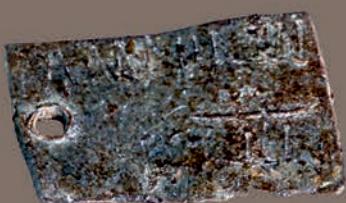
CABITON
GRISII



AB
NIGRI



ATT
RUSTICI



ANETIRV
- 15 LIII



P C A I
- T V



LACIDV
COLORII · LUCN
COTVNICAM
LOLO



Lucerna con rostro africano

En esta lucerna se representa el rostro de un hombre africano.
¿Quién era él?... no lo sabemos...

Roma fue un imperio inmenso y diverso.
Sus calles estaban llenas de idiomas, colores de piel y creencias distintas.
Entre sus habitantes había algunos que venían del África subsahariana.
La mayoría fueron traídos como esclavos, pero no todos.
También hubo hombres libres que trabajaban, comerciaban,
servían en el ejército o, incluso, alcanzaban cierta posición social.

Esta lucerna nos recuerda que la sociedad romana
no era homogénea ni monocroma.
La diversidad formaba parte de su cotidianidad.
Quizás esta lámpara iluminó cenas, conversaciones o silencios compartidos.
Hoy, su luz nos alcanza desde el pasado, y su rostro nos interpela:
¿Qué historias quedaron en la sombra?



LIBERTI

Placa del mausoleo de los libertos

*Este cercado con su mausoleo (es)
para los libertos de los libertos de Isidoro (?).
y para sus descendientes.*

Esta inscripción marca el lugar de enterramiento
de varios antiguos esclavos, ya liberados, y de sus descendientes.
No todos los esclavos morían sometidos.
Algunos lograban lo que más anhelaban: la libertad en vida.
Pero ser libre en la antigua Roma no significaba romper todos los lazos.
El liberto seguía vinculado a su antiguo amo, ahora convertido en patrón.
Le debía honra, respeto, obediencia y lealtad.
A cambio, recibía apoyo, dinero, contactos, oportunidades...
Muchos prosperaban. Algunos, incluso, triunfaban.
Manejaban negocios. Administraban casas.
Eran esenciales..., los más hábiles, los más confiables.
Su condición no se heredaba, ya que gracias a su ascenso
sus hijos nacían como ciudadanos de pleno derecho.



CASSIODO

La lápida de Cassiodora

Esta placa funeraria en mármol, dedicada a *Cassiodora*, te habla de un esposo que honra a su amada.

*Consagrado a los dioses Manes
Para Cassiodora...
Eusintato... a su queridísima esposa
hizo este monumento.
Aquí yace, que la tierra te sea ligera.*

¿Quién fue *Cassiodora*? ¿Qué rostro, qué voz, qué gestos amó *Eusintato*? Poco sabemos de ellos, pero sus nombres han quedado inmortalizados en piedra. Esta dedicatoria es un epitafio, un acto de cariño, un gesto contra el olvido, para perdurar más allá de la muerte.

Los dioses *Manes*, a quienes se consagra la tumba, eran las almas de los antepasados, los espíritus familiares. Invocarlos era parte esencial del ritual funerario: Aseguraban que el espíritu de *Cassiodora* encontrara su lugar entre la comunidad de los muertos recordados, aquellos que no desaparecen del todo mientras haya quien los nombre.

D
ABSIODD
E SINHAT
XORIPEH
FEC
HSE

SERVI

Inscripción del médico *Atimeto*

Atimeto, esclavo y médico, vivió en un mundo donde el dolor era una constante en la práctica médica. Sin anestésicos conocidos, los pacientes se aferraban al vino para mitigar el sufrimiento de amputaciones, cesáreas o extracciones ... Aun así, los médicos realizaban intervenciones complejas, demostrando una habilidad y conocimiento notables.

La medicina en la antigua Roma era una profesión respetada y valorada, especialmente entre las clases altas y en el ámbito militar. En su mayoría, la ejercían libertos o esclavos, muchos de origen griego. Sus honorarios eran inalcanzables para gran parte de la población.

Atimeto, como muchos de sus colegas, probablemente se desplazaba de ciudad en ciudad, llevando consigo su saber y su instrumental médico. La dedicatoria de *Noto*, también esclavo y discípulo de *Atimeto*, revela la existencia de la relación maestro-aprendiz. Este homenaje destaca la transmisión de conocimientos y la importancia de la educación médica en la sociedad romana.

ATIMETOMEDIC
MIVVERVFINISER
NOTHVS DISCENS
CHEI PRIMI SER

FUNDANO

Epígrafe funerario del pequeño *Fundano*

Una lápida pequeña. Una inscripción breve. Un nombre: *Fundano*.
Un niño que vivió apenas once meses y once días en el siglo III.
Murió siendo esclavo de un hombre llamado Lucio Aelio.
No tuvo tiempo de hablar, pero este mármol susurra por él.

En la antigua Roma, la esclavitud no era una aberración: era la norma.
Nadie la discutía. Era una parte fundamental y aceptada de la vida cotidiana.
Un gran número de personas nacían, vivían y morían como esclavos...
Su presencia era constante.

Este epígrafe es un espejo que refleja una sociedad
que aceptaba como natural que un ser humano pudiera pertenecer a otro.
Fundano nos dice: la historia también debe contar vidas pequeñas, invisibles.
Vidas que merecen ser vistas.

DIBVSM
RNIBVSSAC
VNDANIC
XIV BVI

H. SESTI

PHILETUS

El ara de *Phileto*

Consagrado a los dioses Manes.

Aquí yace Phileto, hijo de Phileto, de 8 años de edad.

Observa con atención este ara de mármol.

Su tamaño es modesto, pero guarda un recuerdo que ha estado oculto.
Aquí, una familia evocó a *Philetus*, un niño que solo vivió ocho años.

Su nombre aparece dos veces: *Phileto* hijo, *Phileto* padre.

Ambos comparten el nombre y, posiblemente, también una herencia común:
un origen griego, tal vez oriental. Quizá esclavos, seguramente libertos.
En todo caso, miembros de esa inmensa mayoría silenciada
que, aún tras conseguir la libertad, seguían llevando el eco de sus raíces.

Los dioses Manes, espíritus de los difuntos, recibieron la ofrenda.

Bajo el cielo de *Augusta Emerita*,
miles de personas como *Phileto* caminaban entre sombras.

No eran ni senadores ni generales.

Pero también ellos construyeron el Imperio romano.

También ellos amaban, sufrían y despedían a sus hijos demasiado pronto.



INFAMES

Lucerna con cabeza de *secutor*

Brillaban en la arena, arrancaban vítores...
Y, sin embargo, eran despreciados por la ley.
Algunos hombres y mujeres vivían bajo la sombra de la infamia.
Marcados social y legalmente: no podían ocupar cargos públicos,
testificar en juicios ni casarse con quien quisieran...

Este fragmento de cerámica nos revela una imagen singular:
la de un gladiador muy temido en el mundo romano, el *secutor*.
Frente al ágil *retiarius*, armado con red y tridente,
el *secutor* imponía su fuerza con una espada corta, un escudo amplio
y un casco cerrado, liso, casi sin rasgos.
Solo dos pequeños orificios le permitían ver...lo justo para sobrevivir.
Estaba allí para avanzar, sin titubeos, hasta el combate cuerpo a cuerpo.

Durante el siglo II, esta figura alcanzó nuevas cotas de fama.
Incluso el emperador Cómodo se presentó como *secutor* en la arena,
mezclando poder político y fuerza gladiatoria
en una peligrosa fusión entre realidad y diversión.
En Roma, pocos espectáculos eran tan terribles. Y ninguno, tan fascinante.

Ahora contempla a este luchador del pasado...
escucha el eco del combate entre el polvo, el hierro...y la mirada del público.





Lucerna con gladiador caído

El rugido de la multitud ahoga el latido del corazón.
En la arena, un hombre cae, armado, desnudo de todo derecho.
Tal vez nació libre y vendió su cuerpo por dinero o gloria.
Quizá fue esclavo y su destino nunca estuvo en sus manos.
En cualquier caso, ahora solo importa una cosa: luchar.

Los hay jóvenes y fuertes, marcados por el hierro de la disciplina.
Algunos rezan a Némesis, la diosa del destino incierto,
esperando que la fortuna les favorezca.
Otros saben que, gane quien gane, su sangre es el verdadero trofeo.
La multitud la ansía como un elixir de vida,
una cura para la enfermedad, un tributo a la muerte.

A veces, entre los combatientes, una mujer.
Excepción entre excepciones, empuña el arco con la misma fiereza,
aunque su rastro se pierde en la historia, sin tumbas que la nombren.

La arena lo decide todo. Un instante de destreza, un golpe certero,
y el público grita su veredicto: ¿muerte o misericordia?, ¿infamia o gloria?





Lucerna erótica: prostitución y desigualdad en Roma

La imagen en esta lucerna nos traslada a un espacio de placer comprado, donde el cuerpo femenino se convierte en centro del deseo y del espectáculo. La mujer aparece a horcajadas sobre el hombre, dándole la espalda, siendo objeto de contemplación, de apetito sexual.

Roma guardaba la virtud de sus esposas como un tesoro intocable. Para ellas, el pudor y la castidad. Para los hombres, el derecho al placer. Y para saciarlo, mujeres cuyo destino nadie lamentaba. Las prostitutas... Pocas elegían esa vida. La mayoría eran esclavas, vendidas como cuerpos, como mercancías. Otras, mujeres libres que, por hambre o desesperación, entraban en un mundo del que la sociedad nunca las redimiría. Infames ante la ley, sin derecho a heredar, sin futuro con ningún hombre libre.

Las cortesanas de lujo, rodeadas de sedas y perfumes, eran excepción. Para la mayoría, la prostitución significaba suciedad, desprecio y violencia. Y, sin embargo, era legal. Incluso gravada con impuestos. El hombre llegaba, pagaba, usaba, se iba. Ella quedaba. Nadie la miraba dos veces. Nadie recordaba su nombre.





Lucerna erótica: la otra cara de Roma

El disco de esta lucerna muestra una escena sexual explícita: un hombre recibe una felación de una mujer, quizá una prostituta. Entre el bullicio de los teatros, en los rincones húmedos de un baño público, en las gradas sedientas de sangre del anfiteatro, ellas esperaban. De aquellas *fornices*, los arcos de los edificios, tomó nombre la fornicación. No necesitaban letreros: sus cuerpos eran la oferta; su mirada, la llamada. Algunas trabajaban solas, pero la mayoría tenía un proxeneta que contaba sus monedas, mientras ellas vendían lo único que les quedaba.

No podían detener el tiempo, pero sí evitar el fruto de aquellas noches: conjuros mágicos, supositorios con plomo o incienso, esponjas empapadas en vinagre, poción con sabores terribles... Cualquier remedio antes que un hijo sin nombre, que otro cargo sin esperanza. Las enfermedades acechaban, invisibles. No existían la sífilis ni el sida, pero sí los herpes, las llagas, las verrugas... Y cuando la piel ardía y el dolor no cesaba, solo quedaba seguir adelante. Roma tenía hambre de placer, pero nunca piedad por quienes lo vendían.





EDICTVM

A comienzos del siglo IV, el Imperio romano ardía en inflación.
Para contenerla, el emperador Diocleciano dictó un decreto sin precedentes:
fijó precios y salarios máximos para casi todo.
Más de mil productos y oficios fueron tasados,
desde el trigo hasta un corte de cabello.
Este Edicto de Precios intentó controlar la economía...
pero terminó paralizándola.

El comercio se congeló, el mercado negro floreció
y el Edicto de Diocleciano fue rápidamente olvidado.
Esta selección de precios del Edicto,
traducidos, con todas las reservas, a euros modernos,
nos cuenta que los números cambian,
pero las tensiones entre economía, poder y vida... permanecen.

- 1 modio castrense (17,5 l) de trigo - 100 denarios (25/40 euros)
- 1 sextario itálico (0,57 l) de vino de un año de primera calidad - 24 denarios (6/9,60 euros)
- 1 sextario itálico (0,57 l) de vino ordinario - 8 denarios (2/3,20 euros)
- 1 sextario itálico (0,57 l) de aceite de olivas no maduras - 40 denarios (10/16 euros)
- 1 sextario itálico (0,57 l) de aceite ordinario - 12 denarios (3/4,80 euros)
- 1 sextario itálico (0,57 l) de vinagre - 8 denarios (2/3,20 euros)
- 1 libra itálica (327 g) de carne de buey - 8 denarios (2/3,20 euros)
- 1 libra itálica (327 g) de carne de cerdo - 12 denarios (3/4,80 euros)
- 1 libra itálica (327 g) de carne de venado - 12 denarios (3/4,80 euros)
- 1 libra itálica (327 g) de pescado de segunda calidad - 16 denarios (4/6,40 euros)
- 100 almejas de mar - 50 denarios (12,50/20 euros)
- 2 palomas - 24 denarios (6/9,60 euros)
- 2 pollos - 60 denarios (15/24 euros)
- 4 huevos - 4 denarios (1/1,60 euros)
- 100 castañas - 4 denarios (1/1,60 euros)
- 25 zanahorias - 6 denarios (1,50/2,40 euros)
- 4 sandías - 4 denarios (1/1,60 euros)

Corte de pelo (barbero) - 2 denarios (0,50/0,80 euros)

Visita de médico - 50/250 denarios (12,50/100 euros)

Sastre por el corte y hechura de un manto con capucha - 60 denarios
(15/24 euros)

Limpiador de cloacas (diario, con comida) - 25 denarios (6,25/10 euros)

Jornalero (diario, con comida) - 25 denarios (6,25/10 euros)

Albañil (jornal diario, con comida) - 50 denarios (12,50/20 euros).

Panadero (diario, con comida) - 50 denarios (12,50/20 euros)

Obrero que hace paredes de mosaicos (diario, con comida) - 60 denarios
(15/24 euros)

Modelador de imágenes (diario, con comida) - 75 denarios (18,75/30 euros)

Pintor de paredes (diario, con comida) - 75 denarios (18,75/30 euros)

Pintor de figuras (diario, con comida) - 150 denarios (37,50/60 euros)

Asistente de cocina (mensual) - 150 denarios (37,50/60 euros)

Maestro de retórica u oratoria (mensual, por cada niño) - 250 denarios
(65,5/100 euros)

Maestro de arquitectura (mensual, por cada niño) - 100 denarios (25/40 euros)

Maestro de taquigrafía (mensual, por cada niño) - 75 denarios (18,75/30 euros)

Pedagogo (mensual, por cada niño) - 50 denarios (12,50/20 euros)



OIASSO OLISIPO

En los confines del Imperio romano se alzaban ciudades abiertas al mar...
Oiasso (Irún) y *Olisipo* (Lisboa) miraban hacia el horizonte.
Floreían como centros de vida intensa y recibían gentes de muchos lugares.
Vivían en ellas comerciantes, pescadores, mineros, artesanos y esclavos...
Cada uno dejaba su huella en el bullicio de sus calles, talleres y puertos.

Las piezas de Irún y de Lisboa que aquí se muestran nos hablan de esas vidas.
Son rastros de esas minorías que, como las de *Augusta Emerita*,
apenas asomaban en los grandes relatos.
Todas fueron parte de la construcción de Roma en los márgenes del Imperio.

Pico minero de *Oiasso*

Este modesto pico minero de hierro con restos de su enmangue de madera es una evidencia palpable de una lucha milenaria:
la del ser humano por arrancar a la tierra sus tesoros ocultos.

Hallado en el entorno de las minas de Arditurri (Oiartzun),
su forma apenas ha cambiado con los siglos,
prueba de una herramienta perfecta en su funcionalidad.
Pese a no contar con una datación precisa,
su tipología remite a un utensilio que fue básico durante la época romana,
cuando estas minas se integraban en la red extractiva del Imperio.

Aquel mundo subterráneo, donde la luz era un lujo y el trabajo agotador,
se evoca en el hierro del pico, afilado por la roca,
y en la madera que aún conserva: quizá sujetado un día por manos esclavas,
o por mineros libres que, como hoy, conocían bien el precio del esfuerzo.



Mortero de madera

Este fragmento perteneció a un mortero de madera, un utensilio habitual en la vida cotidiana romana. Se usaba para preparar alimentos, mezclas medicinales o pigmentos.

Lo que hace excepcional a esta pieza es su material: la madera. En la mayoría de los yacimientos arqueológicos la madera no se conserva porque el terreno, el clima y el tiempo la destruyen. Sin embargo, en el puerto romano de Irún ocurrió algo distinto: el ambiente húmedo y sin oxígeno del subsuelo la preservó. La pieza apareció excavando un muelle de finales del siglo I, junto a almacenes vinculados a la actividad del puerto. Quizá este mortero acompañó la vida de un estibador o de un comerciante.

Este hallazgo permite asomarnos a aspectos de la vida romana que rara vez dejan huella en el registro arqueológico: los objetos sencillos y cotidianos que fueron esenciales en el día a día pero que casi nunca sobreviven al paso de los siglos.



Jarra trilobulada

Entre los vestigios que nos acercan a la vida diaria de la *Oiasso* romana, esta jarra de cerámica común destaca por su sencillez y utilidad.

De boca trilobulada y con un asa fuerte y segura, este tipo de pieza, llamada *urceus*, era muy común.

Herederas de los elegantes *oinochoes* griegos usados para el vino, estas jarras adoptaron en época romana una función más práctica. Formaban parte del ajuar doméstico y se empleaban en tareas cotidianas: conservar agua, calentar leche, verter líquidos con cuidado...

A veces, el fuego dejó su huella: zonas ennegrecidas que revelan su uso como un rudimentario hervidor de cocina.

En su arcilla late el pulso de un puerto vivo, donde lo cotidiano y lo marítimo iban de la mano.



Anzuelo de anilla

Este anzuelo de cobre nos sumerge en una actividad milenaria: la pesca, uno de los oficios más antiguos del ser humano.

Este anzuelo de anilla, con su caña circular y agalla marcada, fue un aparejo esencial en el día a día del puerto romano de *Oiasso*.

En época romana, la pesca era un medio de vida y de comercio, Una labor cotidiana ligada al abastecimiento de las poblaciones. Los anzuelos se utilizaban en los ríos y en la costa por quienes faenaban cada día desde el puerto de Irún. Su forma simple, perfeccionada a lo largo de los siglos, esconde una eficacia probada y sorprendente.

Este ejemplar apareció junto a un antiguo muelle de carga, donde hubo almacenes y gran actividad comercial.

En este contexto, la pesca surtía de alimento fresco a la ciudad, y quizás también de productos para su transformación y exportación.

Este anzuelo es un eco del trabajo diario de quienes vivieron del mar, una muestra de cómo *Oiasso*, con su puerto activo y su red comercial, integró la pesca en el corazón de su vida económica y social.



Fichas de juego de *Olisipo*

Fragmentos de cerámica olvidados de vasijas, tejas o ladrillos
recobraron vida al convertirse en fichas de juego.

Sobre un tablero de madera, piedra o simplemente trazado en el suelo...
sirvieron para llenar de entretenimiento los ratos de ocio.

Cada pieza nos recuerda que el juego, la curiosidad y el ingenio
han acompañado a la humanidad desde hace milenios.

Las fichas nos hablan de manos que las movieron, de risas que las acompañaron
y de tradiciones que, de un modo u otro, han llegado hasta nosotros.



Inscripción funeraria de *Tito Caleu*

Tito Caleu Salviano, hijo de Tito, inscrito en la tribu Galeria, aquí yace

Un simple apellido puede encerrar toda una historia de transformación. El nombre *Caleu* no nació en Roma ni del latín: procede de una lengua indígena. Y, sin embargo, lo encontramos inscrito en piedra, en el nombre de un ciudadano romano.

Ese detalle nos habla de un largo viaje: la asimilación de un apelativo local al lenguaje romano. La romanización se expresaba en las leyes, los edificios, los dioses y en gestos íntimos como la manera de nombrarse y presentarse a los demás. En el siglo I d. C., familias como la de este *Tito Caleu Salviano*, de *Olisipo*, habían completado esa transición en la provincia lusitana. Llevaban nombres romanos, participaban de las instituciones y compartían derechos con otros ciudadanos del Imperio.

La inscripción se convierte en un testimonio de la convivencia de culturas. Una prueba de cómo la Roma imperial absorbía diferencias y las convertía en parte de su inmensa mayoría.

1. CAII
2. C
3. SAVIA
4. S

Plomadas de cerámica

A primera vista, estas pequeñas pesas de cerámica parecen objetos sencillos. Pero su hallazgo junto al gran muro del teatro romano resulta revelador: ese muro sostenía la imponente fachada escénica del edificio lisboeta.

Probablemente no sirvieron para tejer ni para las redes de pesca, sino como plomadas, imprescindibles para levantar muros rectos y firmes.

En ellas reconocemos la huella de una multitud de manos anónimas: obreros, artesanos y peones que hicieron posible la construcción del teatro. Estas piezas nos recuerdan que los grandes monumentos también son fruto del trabajo paciente de esa minoría inmensa que sostuvo la vida del Imperio.



Jarra cerámica

En pleno corazón de Lisboa, bajo las calles de la *Baixa Pombalina*, apareció esta jarra sencilla y, al mismo tiempo, extraordinaria. Fue fabricada en la antigua *Felicitas Iulia Olisipo*, cuando la ciudad bullía de actividad industrial.

Miles de manos anónimas trabajaban entonces en los hornos cerámicos, moldeando objetos cotidianos que sostenían la vida diaria: recipientes para cocinar, almacenar, transportar...

Esta jarra, pensada para llevar agua, es un vestigio de aquel mundo. Una sociedad donde la fuerza de hombres y mujeres, libres y esclavizados, mantenía en funcionamiento una ciudad próspera del Imperio romano. Reconocemos en ella a esa minoría inmensa de trabajadores invisibles, verdaderos cimientos sobre los que se levantaron las urbes del pasado.





THEATRVM

El Festival Internacional de Teatro de Mérida siempre ha abierto sus puertas a las voces silenciadas de la Roma antigua.

En sus obras emergen los rostros de los marginados: esclavos, prostitutas, extranjeros y soldados rotos por la guerra... Utilizando la sátira, la tragedia y la farsa, el teatro se convierte en espejo de una sociedad donde los invisibles adquieren cuerpo, palabra y dignidad.

Al igual que esta exposición que invita a mirar con otros ojos, a escuchar con atención a esta minoría inmensa que, desde la sombra, sostenía los pilares del Imperio.



Golfus de Roma 1993

Un esclavo mentiroso y ocurrente ayuda al hijo de su amo
a conseguir el amor de una joven a cambio de la promesa de libertad



Coriolano 2014

Un general romano vencedor en la batalla, incapaz de domar su orgullo,
es declarado traidor a Roma durante un conflicto entre patricios y plebeyos



Los Gemelos 2013

Una comedia de equívocos donde Plauto utiliza a dos esclavos para narrar la historia de dos hermanos, separados por el azar



Golfus de Roma 2021

Basada en una obra de Plauto con personajes tipo:
el esclavo astuto, el joven enamorado, la doncella asediada...

Más allá de los monumentos, las conquistas y los discursos oficiales, existió una realidad fundamental: la de la gente común.
Campesinos, artesanos, soldados, comerciantes, esclavos y libertos...
Mujeres, gladiadores, prostitutas, actores, extranjeros...
Todos ellos formaban la mayoría silenciosa de la población romana.
Apenas visibles en los relatos, pero esenciales en la vida cotidiana de Roma.

Estas piezas, halladas en Mérida, nos hablan de su mundo,
ausente de voz y de protagonismo.
Gracias a ellas, descubrimos una *Augusta Emerita* más cercana y humana,
tejida con las historias de quienes vivieron, amaron, lucharon
y murieron al margen del poder, pero en el centro de la historia real.

Porque sin ellos, el Imperio no se hubiera sostenido...
sin esa minoría que, en realidad, fue inmensa.



FICHA TÉCNICA

Organización

Consorcio Ciudad Monumental de Mérida
Festival Internacional de Teatro Clásico de Mérida

Comisariado

Rocío Ayerbe Vélez
Raquel Nodar Becerra

Museografía

Raquel Nodar Becerra

Textos interpretativos

Rocío Ayerbe Vélez

Diseño y maquetación

Moisés Bedate Tirado

Fotografías

Diego Casillas

Ilustraciones

Joaquín Suárez Macías
Moisés Bedate Tirado

Restauración de piezas

M^a Paz Pérez Chivite
Ana Cuadrado Estrada

Escanea este código QR
para acceder a la ficha técnica
de las piezas expuestas



[https://www.consortiomerida.org/biblioteca/
publicaciones/catalogoesminoriainmensa/piezasfichatecnica](https://www.consortiomerida.org/biblioteca/publicaciones/catalogoesminoriainmensa/piezasfichatecnica)



MÉRIDA
CONSORCIO
CIUDAD MONUMENTAL
HISTÓRICO-ARTÍSTICA
Y ARQUEOLÓGICA